do abandonada con motivo de la retirada sobre el fuerte de la Cruz, hecha por una orden emanada del Estado Mayor General. Sin la actividad que desplegaron los dos generales que acabo de nombrar, para ocupar nuevamente la línea, el enemigo hubiera penetrado en ella, pues una de las columnas llegó hasta haberse apoderado de uno de los parapetos, adonde fué hecha prisionera por el 7º de línea." (1)

Tales fueron las circunstancias extraordinarias que retardaron por dos meses más la venganza de Márquez.

La traición tomaba nueva energía con esas mismas contrariedades. Burlado el primer plan, su autor no desmayó, sino que, por el contrario, se ocupó con más empeño en lograr sus fines.

---

(1) Márquez se guardó bien de publicar ese informe en Querétaro; pero Maximiliano lo envió por casualidad á México, adonde se publicó en el núm. 37 del diario *La Unión*, el 30 de Marzo de 1867.



# XII

**Plan que se formó para atacar á los republicanos el 17 de Marzo.—Combinación de Márquez para frustrarlo.—Engañado el Emperador ordena á Miramón que suspenda el ataque.—Profundo despecho de Miramón.—Falsedad de la causa sobre la cual se fundaron para hacer suspender el ataque.—Méndez cooperaba, sin saberlo, al triunfo de la traición de Márquez.—Causas de esta conducta.**

Habiendo sido rechazado el ejército republicano en su formidable ataque del 14 de marzo, y el consejo de guerra del día 10 habiendo decidido que el ejército imperial tomaría la iniciativa, después de esperar dos dias la llegada del general Olvera, Miramón insistió mucho con Maximiliano para hacerle aceptar un plan de ataque decisivo. Logró vencer la enérgica oposición del jefe del Estado Mayor, así como el grande influjo que ejercía sobre el carácter del Emperador, y obtuvo la autorización necesaria para obrar.

La situación en que se encontraban los defensores de la plaza y los sitiadores, no podía ser más favorable para resolver la cuestión. Las tropas imperiales, llenas de entusiasmo y triunfantes el 14 de marzo, esperaban con ardor el momento que pondría fin á los sufrimientos del ejército.

Los republicanos, rechazados en su primer ataque, no habían aún cubierto la línea del sur, y contando apenas las dos terceras partes de la fuerza efectiva que tuvieron más tarde, hubieran sido fácilmente derrotadas en virtud de la vigorosa é inesperada salida que proponía Miramón.

En consecuencia, se dieron las órdenes necesarias para atacar al amanecer del dia 17 el cerro de San Gregorio, que domina á Querétaro por el norte, y adonde se encontraba el grueso del ejército enemigo. Batidos los republicanos en ese punto, la victoria era completa.

El plan de ataque combinado entre Miramón y Arellano, respondía á todas las exigencias del arte, y ofrecía, además, todas las probabilidades que pueden obtenerse en la guerra, como garantía de triunfo.

Las tropas debían salir secretamente de la plaza antes del amanecer, para empezar, al romper el día, el ataque de la posición enemiga; la segunda división de infantería mandada por Castillo y establecida frente al cerro de San Gregorio, debía dejar la línea de defensa y las piezas de montaña, subir al cerro, haciendo una marcha ligeramente diagonal sobre su derecha, para amenazar á la vez el frente y la izquierda de los republicanos. Méndez, con la brigada que mandaba, dejando sus cañones en la plaza de la Cruz, habría ocupado la línea de defensa abandonada por Castillo, para servir de reserva á este último y para proteger, si era necesario, su retirada. Ese era el ataque simulado. El verdadero debia hacerlo



Miramón, que saldría de la plaza por los llanos que la separan de las alturas de San Gregorio, que defendían los republicanos y del cerro de las Campanas ocupado por las tropas imperiales. Miramón debía voltear la posición del enemigo por la derecha, y atacarlo por la retaguardia. Una batería de diez y ocho piezas de campaña, apoyada por la reserva de Miramón, protegía el ataque, rompiendo un fuego muy vivo contra el cerro de San Gregorio, al mismo tiempo que la batería de las Campanas. Si la caballería republicana se presentaba, la reserva y las diez y ocho piezas colocadas en el llano la rechazarían. Se había igualmente garantizado la seguridad de la plaza, que nada tenía que temer por el oeste ni por el norte, porque frente á esas líneas se concentrarían los cinco mil hombres que debían atacar al cerro de San Gregorio. Al este, el convento de la Cruz quedaba reforzado y bien defendido; al sur, no había enemigo. Maximiliano debía, en fin, establecer su cuartel general en el cerro de las Campanas, mientras que Miramón atacaria. Para comprender bien todo lo que este valiente general habría hecho el 17 de marzo, si la traición no se hubiese atravesado por medio con el objeto de que el éxito fuese imposible; para estar bien convencido de que, ese día, se arrancó la victoria, basta saber que cuarenta dias después, el 27 de abril, el triunfo sobre el ejército republicano, no siendo ya posible por haber sido reforzado con diez ó doce mil hombres; las tropas imperiales estando ya desmoralizadas por un largo sitio y por

el retardo del general Márquez, que no volvía de México para socorrer la plaza, y reducidas ya á un número efectivo de cinco mil hombres; en medio de estas circunstancias tan desventajosas, Miramón, con dos mil soldados, en una hora de tiempo, salió á buscar y puso en fuga, en la posición del Cimatario, á más de diez mil hombres y les quitó veintiuna piezas de artillería. El destino implacable le esperaba en el cerro de las Campanas, lugar de su suplicio: ni el valor, ni la inteligencia, ni la lealtad bastan para separar sus golpes.

El plan de ataque que acabamos de describir, una vez adoptado por Maximiliano, y su ejecución fijada para la mañana del 17 de marzo, todavia le quedaban á Márquez medios de frustrarle, persuadido como estaba de que su venganza iba á escapársele.

Hé aquí lo que pasó durante ese dia fatal. Miramón salió de la plaza con las tropas que debían expresamente atacar el cerro de San Gregorio; la batería de diez y ocho piezas y la reserva á que servían de apoyo, se situaron en el punto convenido; y Maximiliano, acompañado de Márquez y Arellano, se trasladó del convento de la Cruz al cerro de las Campanas. La división de Castillo no dejó su línea, porque Méndez no vino á relevarla. Este último, según sus palabras, no ejecutó á tiempo las órdenes que había recibido, porque el jefe del Estado Mayor no había relevado la brigada de reserva á su debido tiempo, y la cual estaba de servicio desde el dia anterior.

Eran las cinco de la mañana. La luz crepuscular anunciaba la próxima llegada del día. El Emperador acababa de llegar al cerro de las Campanas. Miramón, alegre, acariciaba en su mente la esperanza de la victoria, ignorando aún que sus órdenes habían sido desobedecidas. Formó sus columnas al pie de San Gregorio y se disponía á lanzarlas sobre el enemigo, cuando Méndez, en lugar de estar en su puesto, se presentó en el cerro de las Campanas. Su caballo estaba extenuado de cansancio. En cuanto á él, lleno de emoción, no pudo decir, presentándose á Maximiliano, sino: "Señor, el enemigo entra en la plaza del lado de la Cruz, y mi brigada no ha podido ocupar su puesto. Ya es de día y es imposible que pueda colocarla útilmente sobre la linea del general Castillo para el ataque; además, señor, la plaza va á ser tomada."



—¿Qué debemos hacer?—preguntó con vivacidad Maximiliano á Márquez.

—Volved inmediatamente de donde venís, contestó éste, y dad orden al general Miramón de replegarse en seguida, pues ya no es posible que ataque.

Los hechos siguieron á las palabras, sin un segundo de interrupción. El Emperador abandonó el cerro de las Campanas en compañía de Arellano, entró en Querétaro y se detuvo en la plaza de San Francisco, situada en el centro de la ciudad. Méndez volvió hacia su brigada, que había dejado en una de las calles de la ciudad, y operó una contramarcha hacia la Cruz. Para asegurar el éxito de su nueva intriga, y sin quererse fiar de su

ayudante, Márquez partió á toda brida á buscar á Miramón para transmitirle personalmente la orden de suspender el ataque y retirarse á la plaza. Cuando el traidor llegó al lugar á donde el valiente jefe de la infantería organizaba sus columnas, el ataque iba á tener lugar cinco minutos después. Miramón, sorprendido ya de que Castillo no pudiese moverse frente al enemigo, porque Méndez no le relevaba, supo con mayor sorpresa aún la entrada de los republicanos en la Cruz; no dió crédito á esa noticia; pero estaba obligado por la orden de Maximiliano, comunicada por el jefe del Estado Mayor, á retirarse al punto. Envainando la espada, arrojó con cólera su sombrero, é hizo ejecutar á sus tropas la orden que se había arrancado al Soberano por la traición. La victoria acababa de sonreir á Miramón; Márquez la alejaba de su rival en el momento en que éste iba á apoderarse de ella.

Ahora bien, el enemigo no había tenido el pensamiento de introducirse en la plaza por ningún punto, y sobre todo por la Cruz, adonde fué accesorio, en la hora suprema, que López le guiase, para que pudiese penetrar; tan sólido así era el edificio.

Las fuerzas republicanas, durante los primeros días que siguieron al ataque del 14 de marzo, á consecuencia del cual habían sido rechazadas, se encontraban en una situación de las más difíciles, faltándoles hasta las municiones. Lejos de poder tentar entonces un movimiento cualquiera, estaban profundamente desorganizadas;



y no habiendo sospechado los movimientos preparatorios del ataque, se quedaron confundidas cuando llegó el día, viendo esa concentración que ni sospechaban, ni comprendían, á causa de las espesas columnas de polvo que levantaban los cuerpos imperiales, en las diversas direcciones que esas tropas debían seguir para recuperar sus puestos respectivos sobre la línea de defensa. En fin, todas las fuerzas salidas de la plaza habían vuelto á entrar, cuando los sitiadores dispararon el primer tiro de cañón. La noticia dada al Emperador por Méndez, que el enemigo ocupaba la plaza, era, pues, enteramente falsa; pero no se pudo, desgraciadamente, rectificar hasta que Maximiliano entró de vuelta en Querétaro y cuando el ataque, que debió tener lugar en circunstancias favorables, estaba suspendido. Es por consiguiente incontestable que los republicanos habían sido hábilmente salvados por el jefe del Estado Mayor, que, habiéndose cuidado bien de relevar á tiempo la parte de la brigada de reserva, de servicio el día 16, había impedido á Méndez llegar á tiempo para permitir á Castillo que comenzase el falso ataque por el frente que se le había encargado.

Además de eso, Márquez estaba de acuerdo con Méndez, no para traicionar, pues Méndez fué siempre incapaz de tal infamia, sino para evitar el ataque. Méndez opinaba siempre ó por la defensiva ó por la retirada. Ya lo hemos dicho, Márquez explotaba las pasiones de los otros, les obligaba á servir de instrumento de su venganza sin

que éstos tuvieren la menor sospecha del papel que se les hacía desempeñar.

Méndez, después de abandonar á Michoacán, había llegado á Querétaro profundamente desmoralizado. Propuso al Emperador dirigirse inmediatamente á Veracruz, abdicar allí y abandonar el país. Esos consejos extraños fueron rechazados por Maximiliano. Méndez secundaba las ideas de Márquez desde el punto de vista defensivo, ó en lo tocante á una retirada, fuese sobre México ó á las montañas vecinas. El desgraciado ignoraba que obrando así era el instrumento de su propia muerte. Su desmoralización llegó á tal punto que le hizo bajar en el favor imperial, pues Maximiliano, con motivo de esa desmoralización, se veía obligado á tratarle con una dureza muy ajena á su carácter.

Aún esta vez la traición triunfó de los obstáculos que iban á paralizar sus esfuerzos; pudo continuar su marcha, y, aún más, se arregló de manera que la intriga, que venimos contando, fuera más fecunda en resultados desastrosos, como lo probaremos en el curso de esta triste, pero verídica narración.



# XIII

**Causas por las cuales se quitó á Méndez el mando de la brigada de reserva.—Vengancita de Márquez.—Miramón y Arellano se retiran.—Márquez propone otra vez la retirada.—Mejía y Méndez le apoyan.—El Emperador se decide á ella.—Miramón y Arellano trabajan para disuadirle.—Miramón se opone inútilmente.**

Resuelto Maximiliano á combatir gloriosamente, resolvió separar á Méndez, cuyas ideas lúgubres y de desmoralización podían ser contagiosas. Esta resolución se afirmó con motivo del error en que le había hecho caer Méndez, dándole la noticia falsa que le obligó á volver á la plaza en la mañana del 17 de marzo, y á mandar á Miramón que suspendiese el ataque de las alturas de San Gregorio. Márquez necesitaba, por su lado, que el Emperador estuviese sólo bajo su influjo; y era de desearse, por las razones que daremos, que Méndez estuviese á la cabeza de un nuevo mando El mismo día, Méndez dejó la brigada de reserva para pasar á las órdenes de Miramón con el mando de la primera división de infantería. López fué el que le reemplazó en la reserva, y así fueron preparados por la casualidad los acontecimientos del 15 de mayo. Para que Méndez pudiese tomar posesión de su nuevo mando, Márquez despojó al que le ejercía y

cambió igualmente á los dos generales de las brigadas que componían la primera división de la infantería. Así fué como los generales Casanova, Escobar, Herrera y Lozada, oficialmente recomendados por Miramón, fueron recompensados por su conducta durante la defensa del día 14: se les quitaba el mando que habían ejercido con tanta lealtad; se les dejaba en receso; se les hacía perder, en fin, sin razón alguna, todo su prestigio en el ejército, que no podía después juzgar favorablemente á hombres separados de sus tropas frente al enemigo.

La destitución de Casanova era una venganza de Márquez, que quería castigarle por haber sido comandante general de México, cuando Miramón puso preso al terrible jefe del Estado Mayor, por haber querido rebelarse contra su gobierno. Así era como Márquez, al cabo de siete años, hacía pagar bien caro á Casanova la casualidad que le había hecho juez suyo y había permitido que fuese entonces comandante militar de la capital. En cuanto á Escobar, Herrera y Lozada, Márquez les destituía simplemente porque eran amigos de Miramón, y porque con ellos era imposible fomentar la anarquía entre las tropas. Deseaba también que tan injustas disposiciones ofendieran á Miramón, sobre todo cuando puso á sus órdenes al general Méndez, que era ostensiblemente responsable de haber, como se ha dicho, frustrado el ataque de San Gregorio.

Después de los fatales acontecimientos del 17 de marzo y en vista del desfallecimiento que causaron, Miramón y Arellano formaron la resolución de hacerse á un lado, de no tomar iniciativa alguna en la dirección de la guerra, de limitarse sólo á obedecer y á dejar que los acontecimientos se encendiesen. En esa mente quedaron hasta el 20 del mismo mes, día en que Maximiliano llamó á Arellano al consejo, en cuyo seno se trató al fin de tomar una gran resolución.



Así fué como ese general pudo entonces, sin pensarlo, retardar los efectos de la traición, que ya se regocijaba, creyendo que su triunfo definitivo sería inevitable en algunas horas.

El general Márquez, habiendo obtenido evitar el ataque del 17 de marzo, se aplicaba ahora á conseguir el resultado final que deseaba ardientemente: buscaba un nuevo modo de obrar sobre el carácter de Maximiliano, para instigarle á la retirada, que, según él, debía ser seguida de una derrota indefectible.

Fiel á su sistema de hacer servir las pasiones de sus víctimas al éxito de sus proyectos, y notando que Mejía estaba tan desmoralizado como Méndez, Márquez obtuvo que uno y otro, que gozaban aún de cierto prestigio con el Emperador, apoyasen su plan y aun á que el primero propusiese abandonar la plaza después de haber clavado los cañones é inutilizado el tren.

Maximiliano, luchando por un lado con sus ideas de gloria y de dignidad, que le aconsejaban combatir valientemente á favor de una causa grande, y por otro lado con la influencia que debían ejercer en su espíritu consejos que no podía con-

siderar hijos del temor, la venganza ó la traición, sino, al contrario, por el patriotismo, la experiencia y la lealtad, se dejó llevar una vez más hasta el borde del abismo en que Márquez quería precipitarle. Fué apartado de él nuevamente por su noble ambición, por la rectitud de su juicio y los consejos de Arellano. Esto va á resultar de documentos secretos, cuya existencia no puede hoy ponerse en duda por nadie.

Al día siguiente en que Miramón debía renunciar á su ataque contra San Gregorio, la venganza continuó haciendo progresos, que quedaron secretos hasta el 20 de marzo. Márquez pudo decidir á Maximiliano á retirarse á México, persuadiéndole que ese partido era natural; como si 25,000 republicanos no hubiesen entonces rodeado á Querétaro por todas partes, excepto el sur, donde las montañas se oponían á la salida del tren de las tropas imperiales. Notemos, además, que esos 25,000 hombres poseían ya 8,000 caballos y una numerosa artillería.

La fatal retirada fué resuelta, el Emperador mismo, para asegurar la ejecución, dió conocimiento de ella, entre otras medidas, el 18 de marzo, al ministro de la guerra en México. Le ordenó que dispusiese en los alrededores de la capital el campamento para el ejército, teniendo cuidado de que en el centro de él quedase la tienda imperial, pues S. M. no pensaba alojarse en palacio ni en ninguna otra parte de la ciudad (1).

(1) Ignorábamos la existencia de esa carta, que nos fué revelada más tarde en la Habana por el digno general



Dos días trascurrieron y fueron empleados en hacer secretos preparativos y en sufrir diversas vacilaciones. Por fin llegó el 20 de marzo, y con él parece que había llegado para el traidor el instante de consumar la más cruel de las venganzas, quien sin notarlo, levantó la punta del velo con que ocultaba sus tenebrosas maquinaciones. Arellano mandaba la artillería, y era preciso comunicarle las determinaciones tomadas para asegurar la marcha de todo el material de guerra que estaba á sus órdenes. El jefe del Estado Mayor general tuvo que doblegarse ante esta necesidad inevitable: previno, por consiguiente, al comandante general de la artillería, que tomase las medidas más oportunas para que el parque y las piezas saliesen de la plaza en la tarde del expresado día. Arellano recibió esta órden en las primeras horas de la mañana, y aunque con sentimiento, estaba en el deber suyo ejecutarla: á las tres de la tarde todo estaba listo para la marcha. Esta vez se iba á llegar á un extremo fatal, es decir, se iba á solicitar una derrota inevitable, procurada por una fuga que se intentaba disfrazar con el nombre de retirada. Arellano se dirigió al alojamiento del general Miramón para pronosticarle cual sería el triste desenlace de la campaña antes de que terminase el día. Impuesto Mi-

Portilla, ministro que fué de la guerra, durante la permanencia del Emperador en Querétaro.

Tuvimos después la confirmación de este hecho en Viena, de boca del Sr. D. Luis Blasio, ex-secretario del Emperador, que fué quien la escribió.—*N. del A.*

ramón de lo que pasaba, no quiso creer que una determinación semejante y que iba á tener tan funestos resultados, se hubiese tomado sin consultar la opinión de los jefes de la infantería y de la artillería. Repetidas veces, el joven y valiente general exclamó, interrogando á su amigo, respecto á la noticia que le había dado:

—¿Estás loco, ó te burlas de mí?

Convencido al fin de la verdad, y mirando que las horas se deslizaban con angustiosa rapidez, resolvieron ambos tocar el último recurso para conjurar el peligro que amenazaba al ejército sitiado. Juntos se dirigieron al alojamiento del Emperador, para hacerle ver que la retirada hacia México era absolutamente imposible, en la situación que guardaban los dos ejércitos.

Miramón fué el primero que en el convento de la Cruz habló al Emperador en el sentido que se había convenido. Pero todo fué inútil, todas las razones expuestas por el general en contra de la retirada, y todos los consejos dados para que el ejército saliese de la situación en que se le había colocado, contra la opinión de los más expertos generales, no pudieron convencer al Emperador, que se mostró inflexible y declaró terminantemente: «que la retirada era un negocio resuelto.» El general Miramón salió del convento de la Cruz dolorosamente conmovido, por la idea de que la ruina del ejército imperial era de todo punto inevitable. El haber el Emperador llamado á Arellano para tener con él una conferencia, la sinceridad de las palabras de éste y el resultado final



que tuvo aquélla, retardaron el triunfo de la traición, que debía haberse consumado el 20 de marzo de 1867, y se logró, por fin, romper la trama urdida por el jefe de Estado Mayor.

## XIV

**Conferencia del Emperador con Arellano.—Sus resultados.—Maximiliano convoca un consejo de guerra, para determinar el partido que se debe tomar.—Se resuelve la continuación de la defensa y el hacer venir de México, para Querétaro, un ejército auxiliar.**

Luego que Arellano estuvo en presencia del Emperador, éste le pidió su opinión acerca de la retirada y sobre lo que sería más conveniente hacer con los trenes, si deshacerse de ellos ó llevarlos consigo. El Emperador conocía muy bien la franqueza y la energía con que ordinariamente se expresaba el hombre que tenía en su presencia, y por lo mismo le advirtió, que en esta vez, mejor que en ninguna otra, deseaba conocer la expresión sincera de sus ideas; y que esperaba que así lo hiciese en el seno de la verdadera amistad. Dispensado el comandante de la artillería de todas las precauciones oratorias que debilitarían la fuerza de la verdad y estimulado tanto por la bondad del Emperador, cuanto por la magnitud y las consecuencias probables del hecho que se intentaba consumar, respondió ver-

balmente en los términos de la comunicación que adelante se copia, que él dirigió en la noche del mismo día al Emperador, quien deseaba tener consignados por escrito las opiniones y los compromisos que con él se contraían, si por fin se decidía que el ejército imperial quedase entregado á sus propios recursos.

Hé aquí la comunicación:

"Señor:

"Tengo el honor de presentaros por escrito el juicio que he formado respecto de la retirada que hoy habíamos de haber verificado, y acerca de la cual Vuestra Majestad, siempre muy bondadoso, se dignó consultarme para determinar la mejor manera de ejecutarla. Si se tratase de retirarnos sin que el enemigo estuviese á la vista, mi humilde opinión se uniría á la de aquellos que proponen á Vuestra Majestad, en estas circunstancias, obrar en ese sentido. En este caso, aunque la moral del ejército se relajase, esta desventaja quedaría compensada con el aumento de tropas y de material de guerra que tendríamos, trasportando el teatro de la lucha á los alrededores de la capital, donde abundan los recursos de todo género. Mas la experiencia nos tiene demostrado que este movimiento difícil y peligroso no es posible efectuarlo con nuestras tropas recientemente organizadas, con la falta de moral que se nota en nuestros soldados, y, lo que es más, con el enemigo al frente, como lo tenemos. Bajo tales auspicios, la retirada es el primer paso que damos hacia la derrota.



"Actualmente, y por desgracia, se trata de una cuestión más grave que la simple retirada á la vista del enemigo, operación en verdad imposible por sí misma. Estamos en una plaza doblemente cercada, ya por la cadena de montañas que la dominan, ya por un ejército numéricamente muy superior al nuestro, aunque inferior á éste en inteligencia y en disciplina militar. Es cierto que al oeste de la ciudad no hay montañas, pero allí está el enemigo. También es verdad que el sur está libre de las tropas republicanas, pero de este lado tenemos el cerro del Cimatario, que hace imposible el paso de los trenes y de la artillería. No se trata, pues, de una simple retirada, como impropiamente se ha querido llamar el temerario movimiento que tratamos de ejecutar, sino de la ruptura de un sitio, operación que no puede tener buen éxito, sino salvando la artillería y los trenes, y que es de todo punto imposible si se abandonan estos dos elementos de fuerza. En este caso causaríamos la desmoralización del ejército, y la retirada, desde el primer día, se convertiría en una fuga desastrosa, si, como es posible, los 7 ú 8,000 caballos, que tiene el enemigo, se mueven en persecución nuestra.

"Por todos estos motivos, tengo el honor de manifestar á vuestra Majestad, en tiempo todavía oportuno, que la retirada con todos nuestros trenes me parece mala, y peor aún si los abandonamos. Ignoro ciertamente, señor, cómo se ha propuesto á Vuestra Majestad que adopte una

resolución tan peligrosa, tanto para su gloria como para el triunfo de nuestra causa. En mi concepto, después del desastre de San Jacinto, no habia más que adoptar uno entre dos planes de campaña, ó concentrar el ejército en esta plaza, como ya se hizo, y tomar inmediatamente la iniciativa para batir al enemigo en detal, ó trasportar el teatro de la guerra á México, haciendo que el general Miramón y las tropas de Michoacán se muevan en dirección de la capital, procurando cubrir la línea que se extiende desde ésta hasta Veracruz. Puesto que por razones que no me es dado comprender, se nos obliga á defendernos en una plaza tan poco militar y sin elementos de ninguna especie, mi opinión será siempre que ataquemos resueltamente al enemigo para evitar una de estas dos consecuencias: ó el abandono de Querétaro ó una defensa prolongada.

"Tengo la convicción íntima de que el ataque del día 17 nos hubiera valido el triunfo, sin el retardo del general Méndez, y sin la noticia que él dió á Vuestra Majestad, de que el enemigo habia penetrado en la plaza. Como las circunstancias no han cambiado todavía, es tiempo de recurrir á este medio, que indudablemente dará la victoria al ejército imperial.

"Ignorando aún, si la junta de generales decidirá la continuación de la defensa de la plaza, y temiendo los desastrosos resultados si ésta es abandonada, tengo el honor de proponer á Vuestra Majestad que dé el mando del ejército al general Miramón, quien atacará al enemigo de una



manera decisiva. De esta medida podrá resultar la derrota del ejército imperial, pero también la sufrirá si por fin abandona esta plaza.

"Como no se había pensado en defender á Querétaro, sino que, al contrario, se había resuelto abandonarle para marchar en busca del enemigo, y después se opinó por tomar la iniciativa y batirse en fin en retirada, esta variación en nuestros planes nos ha hecho perder un tiempo precioso. No ha habido tiempo para remediar el mal causado por el general Márquez, quien no hizo venir de México las municiones necesarias para toda la campaña, y el resultado ha sido que nos ha dejado sin una cápsula, sin un bota-fuego y sin un grano de pólvora. Por desgracia, en el comercio local de esta plaza no hay plomo ni salitre. Sin embargo, yo podré suplir esta falta de metal utilizando las cañerías que conducen el agua á esta ciudad y que ahora están inútiles, las tinas de los establecimientos de baños, el material de las imprentas y de las diferentes construcciones que de zinc y antimonio hay en Querétaro (1).

"Me comprometo, pues, solemnemente, ante

---

(1) Cuando dirigimos esta comunicación al Emperador, ignorábamos que el teatro estuviese cubierto de hojas de plomo. Después que Márquez marchó para México, tuvimos noticia de esta circunstancia verdaderamente providencial. Gracias á ella, la plaza no sucumbió por falta de municiones, y después de cuarenta y cuatro días, durante los cuales se fundieron diariamente 800 kilogramos de plomo, no se habia arrancado, al terminar el sitio, sino la mitad de la cubierta del mencionado edificio.

Vuestra Majestad y ante el ejército entero, á hacer lo que vos llamais milagros, es decir, á improvisar una fábrica de pólvora, una salitrería, una fundición de proyectiles de bronce y una fábrica de cápsulas de cartón, para suplir con ellos las cápsulas comunes. Estos nuevos establecimientos, agregados á los talleres de reparación de artillería y materias inflamables, que tengo ya formados, bastarán, lo aseguro, á Vuestra Majestad, para sostener la defensa durante veinte días, tiempo suficiente para que el ejército auxiliar venga de México (1)."

Después de haber escuchado estas razones que le fueron expuestas verbalmente por Arellano, el Emperador se rindió á la evidencia, y confesó á su comandante general de artillería que el general Márquez era el que insistía obstinadamente en la retirada, y aunque de esta misma opinión eran Méndez y Mejía, ambos diferían en cuanto al modo de realizar este proyecto; que el general Miramón le había indicado una resolución, la cual, aunque diferente de la de los demás, estaba de acuerdo con la opinión que él (el Emperador) se había formado.

---

(1) En lugar de veinte días, la plaza se sostuvo cincuenta y cuatro, después de la partida de Márquez; y el 14 de mayo, víspera de la traición de López, las municiones de la tropa y de la artillería, unidas á las existencias del parque general, según la relación del comandante [relación que conservamos original], constaban de lo siguiente: 514,140 cartuchos con bala para armas portátiles, y 5,474 para cañones y obuses.—*N. del A.*



Teniendo, pues, el Emperador conocimiento de cinco opiniones diversas, resolvió no adoptar ninguna sin el acuerdo de una junta de generales. Arellano consideraba este medio como peligroso, porque suponía que todas esas opiniones no eran francas, y temía que fundiéndose éstas, en la discusión, en una sola, la retirada fuese inevitable. Manifestó este pensamiento al Emperador, y éste le contestó:—"Estoy persuadido de que la junta de generales producirá un efecto contrario al que teméis." Eran las cuatro de la tarde cuando terminó la conferencia entre el Emperador y Arellano, y á esa hora Márquez y Méndez se ocupaban activamente en los preparativos de la marcha que había de emprenderse dos horas después. No había, por consiguiente, que perder tiempo. El Emperador dió las órdenes convenientes para que se le presentasen inmediatamente los generales que habían de formar la junta. Márquez ignoraba la conferencia del comandante de artillería con el Emperador, y tenía la certidumbre de que en las primeras horas de la noche realizaría su venganza. Grande fué por lo tanto su sorpresa cuando, al estar reunidos los generales, el Emperador les dijo:

—"Señores, cinco opiniones diferentes se me han expuesto hoy acerca del partido que tenemos que tomar en la situación presente. El Comandante general de artillería, secretario de este consejo de guerra, os las comunicará. No he querido aceptar ninguna de ellas, porque siguiendo la marcha que me he trazado, desde que en Ori-

zaba los consejos de Estado y de Ministros decidieron que permaneciese á la cabeza del Imperio, os he reunido para que sin preocuparos por mi persona y no teniendo presente, sino el bien general y la salvación de México, propongais las medidas que sean más oportunas para llegar á este fin tan importante. La opinión que manifesteis sobre el estado actual del ejército y sobre los azares de la guerra, será aceptada por mí sin vacilar é inmediatamente utilizada. Deseando que la discusión de tan grave asunto sea enteramente libre, he resuelto que se verifique sin mi presencia. Por consiguiente os dejamos solos, encargándoos sólamente que en tan delicada cuestión resolváis conforme á las inspiraciones de vuestra conciencia y teniendo presente el honor del ejército y el de México (1)."

El consejo de guerra fué presidido por el general Miramón. Arellano abrió la discusión, hablando en los términos siguientes:

"Señores, he aquí la exposición de las cinco opiniones que se le han manifestado á su Majestad el Emperador: la primera consiste en batirse en retirada, llevando consigo la artilleria y los trenes; la segunda es, que se salve el ejército clavando las piezas y abandonando todo el material de guerra, lo mismo que los medios de traspor-

[1] Este discurso del Emperador y los extractos siguientes están tomados textualmente de los documentos respectivos firmados por S. M. y por los generales Miramón, Márquez, Mejia, Vidaurri, Méndez, Castillo y Arellano.—*N. del A.*



te; la tercera tiene por objeto la continuación de la defensa con todas las tropas; la cuarta se inclina á fraccionar el ejército en dos partes iguales, ocupando la una en la defensa de la plaza, mientras que la otra marcha á México en busca de refuerzos para obligar al enemigo á que levante el sitio; la quinta se limita á conservar una reserva encargada de salvar la importante persona del Emperador en caso de un desastre, y nombrar general en jefe del ejército á uno de sus generales, para que ataque al grueso del enemigo.

"De estas diferentes opiniones, una es la mia, y estoy en el deber de apoyarla, exponiendo al consejo las razones que he tenido para hacerla conocer al Emperador. Habiéndome S. M. preguntado ¿qué pensaba de una retirada con toda la artillería y los trenes, ó el abandono para verificarla de todo el material de guerra? tuve el honor de decir á S. M. que el primer partido me parecía malo y el segundo peor, porque ambos tendrian por resultado introducir la confusión entre nosotros, desmoralizar las tropas y perdernos irremediablemente. En caso de que fuésemos impulsados á admitir la retirada como único medio de salvación, sobre todo clavando la artillería, me parecía, como ya lo había manifestado al Emperador, que era preferible dejar una reserva para salvar la importante persona de S. M. y dar el mando del ejército á uno de nuestros generales más autorizados, para que se encargase de atacar al enemigo de una manera de-

cisiva. De este modo, si la derrota tenía lugar, sería después que hubiésemos hecho todo lo posible por la salvación del país y del ejército, y no buscada por nosotros mismos como un acto voluntario."

¡Cosa extraña! ningún general opinó por la temeraria retirada, á la cual se había impulsado al desgraciado Emperador, sirviéndose para ello de infames y groseras intrigas. Ni aun se expresó siquiera la idea de recurrir á esta última medida. Los autores de tan cobarde opinión votaron porque se continuase la defensa de la plaza.

Méndez, que no tenía el cinismo de Márquez, y que era incapaz de opinar en público de una manera diferente de como había opinado delante del Emperador, dijo: que no teniendo opinión particular sobre la cuestión que se trataba, se adhería á la de la mayoría.

El general Mejía se expresó de esta manera: —"Opino porque se continúe la defensa. Si más tarde el enemigo proporciona una oportunidad para batirlo, debemos aprovecharla; y esperemos, si es posible, los refuerzos que nos vengan de México."

Inmediatamente después de Mejía, el vengativo jefe de Estado Mayor tomó la palabra y dijo con sorprendente laconismo:—"Subscribo en todas sus partes la opinión que acaba de ser expresada."

Se resolvió, pues, unánimemente, que se continuase la defensa de Querétaro. Terminada la



discusión, el Emperador se presentó en el lugar donde estaba reunido el consejo, é impuesto del resultado de ella, habló en los términos siguientes:

"Señores: Con verdadero placer ratifico todo lo que habéis resuelto; mis deseos y mis esperanzas estaban de acuerdo con vuestra resolución, pero pensando en que tal vez adoptaríais el partido de la retirada, y en presencia de la promesa que os tenía hecha de adoptar resueltamente vuestra opinión, he pasado dos horas de verdadera agonía. Ahora, no sólo adopto la idea de continuar la defensa de la plaza, sino que me adhiero á los puntos secundarios que se han originado por algunas opiniones particulares."

Varios de estos puntos secundarios fueron aprobados desde luego por el Emperador. El más importante era que saliesen de México refuerzos para socorrer la plaza. Así fué como Arellano retardó por dos meses, y sin tener conocimiento de ello, el triunfo completo de una venganza, cuya existencia le era desconocida. Este día, el 20 de marzo, la traición se vió burlada sin esperarlo; pero con todo, la grande influencia de la perfidia y las circunstancias que ella intencionalmente había hecho nacer, mantuvieron en las manos del traidor los medios infalibles de llegar al triunfo que deseaba obtener.